

miento físico á que damos este nombre. Al contrario, en las alegorías solo por el contexto y demas circunstancias se viene en conocimiento de su verdadero sentido, pues la expresion por sí sola es tan verdadera en el propio como en el figurado. De aquí resulta que de las alegorías algunas pueden ser equívocas, de las metáforas ninguna, si por otra parte los términos están bien escogidos, y la cláusula bien construida.

La oda de Fr. Luis de Leon *A la vida del cielo*, que empieza *Alma region luciente*, seria enteramente alegórica, si no hubiese mezclado con los términos metafóricos varias expresiones de sentido propio, que no dejan ya duda de que el de la oda entera es figurado. Dice así:

Alma region luciente,
Prado de bien andanza, que ni al hielo,
Ni con el rayo ardiente
Falleces, fértil suelo,
Productor eterno de consuelo:

De púrpura y de nieve
Florida la cabeza coronado,
A dulces pastos mueve,
Sin honda ni cayado,
El buen pastor en tí su hato amado.

Él va, y en pos dichosas
Le si uen sus ovejas, dó las pace
Con *inmortales* rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto mas se goza, mas renace.

Y dentro á la montaña
Del *alto bien* las guía, y en la vena
Del *gozo fiel* las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto él solo, y suerte buena.

Y de su esfera cuando
La cumbre toca altísimo subido
El sol, él sesteando,
De su hato ceñido,
Con dulce son deleita el *santo* oido.

Toca el rabel sonoro,
Y el *inmortal* dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro,
Y ardiendo se traspasa,
Y lanza en *aquel bien libre de tasa*.

Oh son, oh voz! siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido, y fuera
De sí el alma pusiese,
Y toda en tí, oh amor, la convirtiese!

Conoceria dónde
Sesteas, dulce esposo, y desatada
De esta prision, adonde
Padece, á tu manada
Viviera junta, sin vagar errada.

Cualquiera puede conocer que algunas palabras, coma las *del alto bien*, aplicadas á la montaña, y las *del gozo fiel*, unidas á las de *vena*, determinan el sentido figurado de ambas, porque no hay ninguna montaña material que se llame *del alto bien*, ni la vena *del gozo* puede ser arroyo ó fuente de agua verdadera. Nótese sin embargo que esta mezcla del sentido propio con el figurado no es aquí un defecto; toda la oda es bellísima. Lo que hacen las dos expresiones citadas y las otras señaladas con bastardilla, es quitar á la composicion el carácter de rigurosa alegoría y dejarla en metáfora simplemente continuada; pero aunque bastante larga, está bien sostenida en todas sus partes.

Ahora puede ya conocerse lo que ántes se indicó, á saber, que á la metáfora conviene, con mas propiedad que á los otros dos tropos, el nombre de *traslacion*. En efecto, si examinamos las sinédoques y metonimias, veremos que en ambas la significacion de las palabras se extiende ó se limita, pero no se traslada enteramente. En ambas la palabra que se dice trasladada, designa en todo ó en parte el objeto que suele designar en su acepcion literal; lo cual no se verifica en las metáforas. En estas la palabra que empleamos, para expresar una idea distinta de la que ella primitivamente significa, designa aquella tan exclusivamente, que solo respecto de ella puede ser verdadero lo que se enuncia; y así con razon se dice entónces que las palabras, perdiendo su acepcion ordinaria, toman momentáneamente otra: lo cual no sucede en las sinédoques y metonimias, en las cuales no pierden la suya totalmente. Por ejemplo, cuando por sinédoque decimos, *Tantas velas han salido de Cádiz*, la palabra *vela* designa todavia la parte de un navío así llamada, y es cierto que las velas han salido del puerto; pero designa ademas las otras partes y el buque entero. Cuando por metonimia decimos, *vivir de su trabajo*, esta palabra significa ahora mas de lo que significa

ordinariamente, pues no significando en su acepcion literal mas que la accion de trabajar, designa ahora tambien la ganancia que de tal accion nos resulta, en lo cual está el tropo; pero se ve claramente que aun aqui significa todavía la accion de trabajar, y que en efecto esta nos procura lo necesario para vivir. Al contrario, cuando por metáfora llamamos á un Ministro *la columna* del Estado, la voz *columna* no significa ya un cilindro ó rollo de madera, ó de piedra, que es el objeto que designa tomada en su acepcion literal, sino el hombre que gobierna bien un Estado. Esta es una observacion no indiferente para entender la naturaleza de los tropos.

Concluyamos ya este artículo, recorriendo todas las cosas que los retóricos vulgares han contado como otras tantas especies de tropos distintas de las tres anteriores; para que se vea que las otras que ellos admiten, ó no son verdaderos tropos, ó están comprendidas en alguno de los tres. Son las siguientes: *Antonomasia*, *Metalépsis*, *Alegoría*, *Alusion*, *Hipérbole*, *Descripcion* (que ellos llaman *Hypotyposis*), *Atenuacion*, *Perífrasis*, *Ironía*, *Hipálage*, *Onomatopeya*, *Silépsis oratoria*, *Catacrésis* y *Eufemismo*. Ya hemos visto que las tres primeras se reducen respectivamente á la sinédoque, á la metonimia y á la metáfora, y que las seis siguientes son figuras y no tropos. La hipálage todos saben que es una licencia ó figura de sintáxis, y la onomatopeya veremos luego, tratando de la armonía, que es la cualidad que tienen algunas palabras de imitar por los sonidos de que constan, el ruido de algunos cuerpos; cosa que nada tiene que ver con el sentido en que se toman. Así solamente puede quedar alguna duda respecto de la catacrésis, la silépsis y el eufemismo; pero con solo explicar lo que se entiende por estos nombres, se verá que no son especies nuevas de tropos, sino ciertos modos de usar los tres ya explicados.

Se llama *catacrésis*, voz griega que literalmente quiere decir *abuso*, el empleo que se hace de una palabra, cuando se la destina á significar una idea, para la cual no hay nombre propio en la lengua. Por ejemplo, hemos visto ántes, que no teniendo en castellano nombre propio las porciones iguales de papel de que se compone un libro, las llamamos *hojas*, que es propio de las de los árboles; pero es claro que si, como dijimos, esta traslacion se ha fundado en la semejanza, será una metáfora; y si, como otros quieren, en que con las hojas de ciertos árboles se formaron en otro tiempo los libros, será

una sinédoque de la materia por la cosa que de ella se hace. Lo mismo se verá en cuantos ejemplos puedan citarse. Siempre la traslacion será entre objetos coexistentes, consiguientes ó semejantes.

La silépsis oratoria dicen que se comete, cuando una palabra se emplea en una expresion con tales adjuntos, que es necesario entenderla en sentido figurado respecto de uno de ellos, y en sentido literal respecto del otro, verbi gracia, en esta expresion, *La conversacion de N. es mas dulce que la miel*; en la cual el epíteto *dulce* debe entenderse figuradamente respecto de la conversacion, y literalmente respecto de la miel. Pero aquí ¿hay acaso otra cosa que una expresion en parte metafórica y en parte no? ¿Qué traslacion de nueva especie encontramos en ella? Ninguna: no hay mas que una metáfora comun y comunísima.

El *eufemismo* no es otra cosa que la cualidad general del estilo que hemos llamado *decencia*, y consiste, como ya se dijo, en disfrazar y ocultar, como bajo de un velo, aquellas ideas que expuestas con claridad podrian ofender el pudor ó el respeto que se merecen el auditorio, el público entero, ó la persona particular con quien hablamos. Y como para esto se recurre á ciertas figuras que ya hemos visto, y á los tropos, es claro que el eufemismo no es tropo ni figura, sino el uso que hacemos de estas y de aquellas para disfrazar ciertas ideas duras, desagradables ó ménos decentes. Así, cuando Temístocles, al proponer á los atenienses que desamparasen la ciudad, no empleó, porque le parecieron demasiado duros, los términos griegos equivalentes á los de *abandonar*, *dejar*, etc., y solo les dijo, *que la depositasen en manos de los dioses*, usó de un eufemismo, en que se emplea la metonimia. El modo con que Natan reprendió á David su pecado, fué un eufemismo, en que hizo uso de la alegoría. Cuando los griegos llamaban *Euménides* á las Furias, y *Caron* al barquero del infierno, expresiones que son conocidos eufemismos, se servian, como ya se ha dicho de la figura llamada *antifrisis*. Las *perífrasis* y *atenuaciones* ya he indicado tambien que son muy oportunas para conservar el eufemismo; y lo mismo debe decirse de los términos vagos, de los equivocos y de las alusiones. Repetiré con este motivo lo que ya dije tratando de las antifrisis, á saber, que al traducir los clásicos antiguos, es necesario tener siempre á la vista su eufemismo, para entender y traducir bien ciertas expresiones; y daré otra nueva prueba.

Los griegos, y sus imitadores los romanos, tenían á mal agüero hablar de la muerte en sus ceremonias religiosas, y aun en las juntas populares, porque estas eran precedidas de sacrificios, lustraciones y otros actos de religion; y en consecuencia, para indicar esta idea, se valian de ciertas expresiones vagas y perifrásticas que ellos entendian muy bien, porque estaban ya consagradas por el uso; pero que traducidas literalmente á las lenguas vulgares nada quieren decir para nosotros. Así Ciceron, prometiendo en su primera *Filípica* explicarse con toda libertad sobre los proyectos de Antonio, y queriendo decir que si esta su franqueza le costaba la vida, como era muy de temer, dejaria á lo ménos un monumento de su amor á la patria; indica óscuremente la idea, *si pierdo la vida*, con esta expresion vaga, « Si algo me sucediere », *Si quid mihi humanitus accidisset*; y el traductor que la vierta literalmente, dejará en tinieblas á los lectores, si no saben que aquel *algo* no es nada ménos que ser proscrito y degollado, ó asesinado clandestinamente. Lo mismo sucede con aquel pasaje tan famoso de Demóstenes, tambien en su primera *Filípica*, en el cual echa en cara á los atenienses su carácter frívolo y novelero, pues hallándose la patria en peligro, se entretenian en andar por los corrillos preguntándose unos á otros: *Hay alguna noticia? ha muerto Filipo?—No, pero está enfermo.* A lo cual replica con vehemencia el orador: *Y qué os importa? Si este Filipo muriese, bien pronto formariais vosotros mismos otro Filipo.* La expresion literal del original que corresponde á la castellana, *si muriese este Filipo*, es *si algo padeciere*; pero ya se deja conocer que en castellano es menester traducir el pensamiento, no las palabras materiales; claras en griego para los atenienses, porque eran una especie de fórmula en que estaban convenidos, y oscuras para nosotros, que no teniendo la misma supersticion que ellos, no las empleamos en iguales casos, ni podemos darlas igual valor.

ARTÍCULO IV.

Ventajas de los tropos.

Entre las grandes ventajas que nos proporcionan los tropos para expresar los pensamientos con toda la energía, precision y claridad, que en muchas ocasiones no hallaríamos en el sentido propio de las palabras mas bien escogidas, las principales son las siguientes:

1.^o *Por medio de los tropos, en el mismo espacio de tiempo, en que con palabras tomadas en sentido literal excitaríamos una sola idea, excitamos dos; una expresamente enunciada, y otra simplemente sugerida.* Para convencerse de ello no hay mas que sustituir á una expresion figurada otra equivalente, pero literal; y se verá cómo de los dos objetos que nos presentaba la primera, desaparece inmediatamente el uno. Por ejemplo, si cuando decimos, *Un buen Ministro es la columna de la nacion*, dijésemos que hace de modo que ella no pierda su independenciam política; veríamos sí al Ministro, y lo que hace en favor de la nacion, y aun esto no con tanta claridad; pero desaparecian el edificio y la *columna* que le sostiene, y el juicio comparativo de la semejanza que hay entre la nacion y un edificio, entre la columna que mantiene este, y el Ministro que gobierna aquella.

2.^o *Los tropos contribuyen á hacer mas claras las expresiones en que se emplean oportunamente.* En efecto, su principal ventaja es la de darnos una idea mas clara del objeto que la que tendríamos, si se empleasen palabras tomadas en significacion literal. Esto es evidente respecto de aquellas que por medio de palabras que literalmente designan objetos materiales, nos ponen á la vista los inmateriales y abstractos; pues es bien claro que sin el auxilio de los tropos, ni aun óscuremente podríamos comunicar semejantes ideas espirituales. Mas aun respecto de los mismos objetos sensibles, que á veces designamos con palabras trasladadas, es indudable que estas nos dan de ellos una idea mas clara que la que podria darnos su nombre propio. Cómo se verifique, lo conocerá fácilmente el que observe cuánto contribuyen á aclarar é ilustrar las ideas principales las accesorias bien escogidas, y cuánto mas claras son las impresiones determinadas que las vagas y confusas; porque verá que los tropos sirven precisamente para excitar, juntamente con la idea principal, aquellas accesorias que mejor la caracterizan relativamente al punto de vista en que la consideramos en aquel momento, y de este modo hacen mas determinada y circunscripta la impresion del objeto. Por la misma razon,

3.^o *Contribuyen admirablemente á la energía del estilo,* porque consistiendo esta en presentarnos de una manera viva y animada las cualidades mas interesantes de los objetos, es claro, por lo que acabamos de indicar, que ninguna expresion podrá proporcionarnos mejor esta ventaja, que aquella en la

cual, por una feliz traslación de significado, presentemos un objeto en el punto de vista más acomodado, para que resalten las cualidades que queremos hacer notar con particularidad.

4.º *Dan también á las expresiones una concisión, que sin ellos no podrían tener las mas veces.* Si no, véase cuánto mayor número de palabras sería necesario para expresar en términos literales el pensamiento contenido en esta expresión metafórica. *El odio público* se oculta bajo la máscara de la *adulación*. Un largo discurso sería necesario, dice Condillac, para expresar este pensamiento con palabras tomadas en su acepción literal.

5.º *Enriquecen el lenguaje y le hacen mas copioso,* pues multiplicando el uso de las palabras, y dándolas nuevas significaciones, nos proporcionan modos de expresar todas las ideas é indicar sus más ligeras diferencias; lo cual no siempre pudiera hacerse con palabras tomadas en su literal acepción.

6.º *Dan dignidad y nobleza al estilo,* porque como las palabras tomadas literalmente son tan comunes y familiares, necesitamos recurrir á las acepciones secundarias y figuradas, cuando queremos dar al estilo el tono elevado y majestuoso que exigen ciertas composiciones.

7.º *Le dan también belleza y gracia.* Esto es tan evidente, que no necesito probarlo con razones y ejemplos; y ni aun haría esta observación, si no debiera notar con este motivo cuán pobre y mezquino es lo que sobre los tropos se halla en los retóricos vulgares. Todos ellos declaran que solo hablan de los tropos, porque estos adornan el discurso; y éste parece ser el único servicio para el cual los reconocen útiles. Sin embargo, ya hemos visto cuántas otras cosas más hacen que adornar el lenguaje.

8.º Como ya se indicó nos *son de grande auxilio para disfrazar, cuando conviene hacerlo, ciertas ideas tristes, desagradables ó contrarias á la decencia.* Casi todas las expresiones que empleamos en este caso, son de sentido figurado; y sin este no siempre podríamos conservar la decencia, porque los otros medios que tenemos para ello, no alcanzan algunas veces.

9.º *Son el principal recurso que tenemos para dar novedad á las ideas mas comunes.* Recuérdense los ejemplos que cité en el libro primero, hablando de la novedad de los pensamientos, y se verá que toda la que tienen los pasajes de Horacio y de Rioja allí copiados, se debe á los tropos que con-

tienen. En el *Pallida mors*, etc. hay 1.º la sinécdoque de *abstracto por concreto* en el epíteto *pallida* dado á la muerte; 2.º otra sinécdoque de *la parte por el todo* en el *turres*, porque esta palabra no significa allí las *torres* solamente de que están flanqueados los alcázares, sino el edificio entero; y 3.º varias metonimias de *antecedente por consiguiente*. Me detendré á explicarlo, y verán los principiantes, cuánto tienen que estudiar para entender bien los clásicos. El pasaje de Horacio, traducido literalmente, dice: *La muerte pálida con igual pié da golpes á las tiendas de los pobres y á las torres de los reyes*; pero dejado así nada diría en castellano. Es pues necesario saber lo siguiente: 4.º La muerte, ser abstracto que en realidad no existe, pues solo es una mera privación, está aquí personificada y presentada bajo la imágen de una *mujer pálida*. 2.º Ya personificada, se dice de ella que *da golpes con el pié á las tiendas de los pobres y á las torres de los reyes*; pero para entender lo que esto quiere decir, es preciso saber que los romanos no llamaban con la mano sino con el pié á la puerta de una casa, cuando estaba cerrada y querían que les abriesen, y de consiguiente que el *æquo pulsat pede* debe traducirse *del mismo modo llama á las tiendas*, etc. 3.º La palabra *taberna* en su acepción literal, ordinaria, propia y primitiva solo significa en latín *tienda donde se vende alguna cosa*; pero como no eran los grandes señores y caballeros los que vendían al público, sino gentes de la infima clase, pasa á significar aquí (antecedente por consiguiente) *casa ó habitación humilde*. 4.º *Turres*, nombre de una parte del alcázar, está, como se ha dicho, por el *alcázar* mismo. 5.º Todavía hay una especie de hipálage, pues en realidad para llamar, no se daba golpes á toda la casa, ni á todo el palacio, ni á las torres de este, sino á las puertas; y en rigor lógico Horacio debió decir, como en la *Sátira 4. pulsat ostia (tabernarum et turrium)*; pero hablando poéticamente suprimió la palabra *ostia*, y puso en acusativo el *tabernas* y *turres*, que lógicamente deberían estar en genitivo. 6.º Todavía hay más. Ya tenemos entendido que *La muerte pálida del mismo modo llama á la puerta de las humildes casas de los pobres que á la de los alcázares de los reyes*; pero si no sabemos que esta acción de llamar á la puerta, está aquí por la de entrar que es la consiguiente, y esta por otra también consiguiente, la de coger y llevarse á la persona que está dentro; no habremos entendido completamente el pensamiento

de Horacio, que en suma es el de que *La muerte lo mismo se lleva al rico que al pobre*. Nótese que algunos de estos tropos pueden conservarse en la traduccion, pero no todos. Así podremos decir: *La pálida muerte del mismo modo, ó igualmente, llama á la puerta de las humildes casas de los pobres que á la de los alcázares de los reyes*; pero no podremos conservar la palabra *pié*, ni la sinécdoque *torres*; ni en rigor omitir la palabra *puerta* suprimida en el latin; porque ni nosotros llamamos con el *pié*, ni en castellano se dice bien *llamar á la casa*, sino *á la puerta*, ni la sola voz *torres* indicaria claramente la idea de *palacio*.

En el primer ejemplo de Rioja, este poeta, para dar novedad al pensamiento, personificó la muerte bajo la imágen de un segador; y en este supuesto llamó por metáfora á la vida *mies*, y á la accion de quitarla *segar*. En el segundo empleó el consiguiente, *rodar la cuna*, por el antecedente *estar en ella*, y este por el de *nacer*; pues claro es que para que á un niño le mezcán en la cuna, es preciso que esté en ella, y para esto es indispensable que haya nacido.

ARTÍCULO V.

Reglas para el uso de los tropos.

Las cuatro primeras son comunes á todas las traslaciones, la quinta solo comprende las sinécdoques y metonimias, las restantes son propias de las metáforas.

Reglas comunes á todas las traslaciones.

1.^a *Toda traslacion de significado que no produzca alguno de los efectos indicados, es decir, que no haga la expresion mas clara, concisa, enérgica, decente, noble, ó agraciada, es por lo mismo inútil, y descubre visiblemente la afectacion del escritor*. Por consiguiente debe proscribirse, como contraria á la naturalidad de estilo; cualidad tan importante que sin ella los mas brillantes adornos no son á los ojos del buen gusto mas que hinchazon y hojarasca.

2.^a *No basta que la traslacion produzca alguno de estos efectos: es menester ademas que lo que gane con ella una cualidad del estilo, no lo pierda alguna otra*. Así, aun suponiendo que por medio de una traslacion se hiciese la expresion mas concisa, si por otra parte, perdiera en claridad,

propiedad ó naturalidad lo que ganaba en concision, seria mejor no emplearla, á no hacerla necesaria la decencia, á la cual ceden todas las otras. Esto se entiende siempre que la falta de claridad, propiedad etc. que resultase, fuera considerable; pues no siéndolo, bien se puede á veces sacrificar algun tanto una cualidad determinada, cuando otra gana mucho en este sacrificio.

3.^a *Toda traslacion debe ser acomodada al asunto de que se trata, al tono de la obra y á la situacion moral en que se supone al que la usa*. Será acomodada al asunto, si contiene alguna circunstancia que no pueda convenir á otro. Tal es aquella sabida expresion figurada de Luis xiv., cuando, para dar á entender que con entrar á reinar en España la casa de Borbon reinante en Francia, cesarian las disensiones y guerras que por espacio de mas de dos siglos habian dividido á las dos naciones, dijo: *Ya no hay Pirineos*; expresion feliz, por cuanto no puede convenir á las rivalidades de Francia con otra nacion que no sea la española. Será acomodada al tono de la obra, si en las majestuosas y serias no se toman de objetos jocosos y burlescos, ó al contrario. Por ejemplo, muchas de las que oportunamente emplea Cervántes en el *Quijote*, serian ignobles en una obra de distinta naturaleza. Finalmente será acomodada á la situacion moral de la persona, si solo presenta imágenes é ideas, que en aquel caso han podido y debido ocurrirse al personaje en cuya boca se pone. Así Fennelton para enunciar un mismo pensamiento, varió oportunamente la expresion figurada, segun lo exigia la situacion de las personas que hace hablar. Habiendo llegado Telémaco á la isla de Calipso, le pregunta la diosa quién es, y por qué acontecimientos habia venido á parar á su isla; y Telémaco, al responderla que era hijo de Ulises y que habia corrido diversos países para tomar noticias de su padre, añade: *Pero qué digo? quizá él á esta hora yace sepultado en los profundos abismos del mar*. Mas Calipso, en su réplica, para enunciar la misma idea, usa de esta otra expresion figurada: *Su bajel, despues de haber sido el juguete de los vientos, fué sepultado en las olas*. Ya se deja conocer que la circunstancia, *despues de haber sido el juguete de los vientos*, no pudo ni debió ofrecerse á la imaginacion consternada de Telémaco; así como la de, *yace sepultado en los profundos abismos del mar*, no pudo ser natural en Calipso; porque, como observa muy bien Condillac, no es natural que siga con su vista hasta

el fondo del mar un bajel en que sabe que no está Ulises.

4.^a Y la más importante. *Consistiendo toda traslación en poner el signo de una idea por el de otra con la cual está enlazada, es necesario que aquella idea cuyo nombre sustituimos al de la otra, sea en las circunstancias determinadas en que hablamos, la que primero deba presentarse á la imaginación, la más interesante de todas las coasociadas, y la que tenga relación más directa con la cualidad ó circunstancia, que principalmente consideramos entónces en el objeto de que se trata.* Así ¿porqué es feliz y oportuna la sinécdoque que emplea Ciceron en la primera *Catilinaria*, cuando al describir los estragos que haría Catilina, si entraba con su ejército en Roma, dice: « los techos arderán, » *tecta ardebunt?* Porque al representarle su imaginación el incendio de la ciudad, veía salir las llamas por lo alto de los techos, y así esta parte es á la que entónces atiende particularmente, la sola casi que tiene á la vista y distingue con claridad. Y seguramente no se acordaba en aquel momento, sino muy en confuso, de los cimientos, las paredes, las salas y gabinetes, en suma de las otras partes de los edificios; ni ménos pensaba en su forma, en su color, ó en otras cualidades y circunstancias, nada interesantes por entónces. Y ¿porqué el mismo Ciceron, hablando, en la oración *pro Milone*, de que Pompeyo había tenido que encerrarse en su casa, para no ser víctima de los furiosos de Clodio, usa de esta expresión: *januá se, ac parietibus, non jure legum, judiciorumque texit*, esto es, « tuvo que defenderse con la puerta y las paredes, no « con la protección de las leyes y la autoridad de los tribunales? » ¿Porqué, digo, nombra la puerta y las paredes, y no el techo, el umbral ú otra parte, ó el edificio mismo? Porque, considerando la casa como un asilo contra el furor y la violencia de un faccioso, ve la puerta y las paredes que eran las partes que impedían la entrada y resguardaban al que estaba dentro, y no hace caso del todo, ni de las otras partes que ninguna relación tenían con la defensa y seguridad del que habitaba la casa. De otro modo se hubiera explicado, si hubiese considerado esta como un resguardo, no contra los insultos de los hombres, sino contra la lluvia. Entónces, lo primero que hubiera visto y lo que de consiguiente hubiera nombrado primero, habría sido el techo. Lo mismo se puede observar en todos los ejemplos citados, y en cualquiera otro en que la traslación sea oportuna. En todas se verá que si sustituimos al si-

gno de una idea el de otra coasociada, es porque esta tiene más relación que las restantes con la cualidad ó circunstancia que entónces consideramos en el objeto de que se trata. Téngase cuidado con esta regla. No se halla en las Retóricas, pero es muy importante para usar bien de los tropos.

Regla particular de las sinécdoques y metonimias.

Respecto de estos dos tropos, además de las reglas generales que acabamos de ver, *es preciso que la traslación que empleemos, esté autorizada por el uso.* Esta observación es muy necesaria, porque si no la tenemos presente, podemos cometer muchos errores al traducir de una lengua á otra. Cada una tiene admitidas y autorizadas ciertas sinécdoques y metonimias que la otra no conoce, y que por tanto no es permitido emplear. También es necesario observarla aun en las composiciones originales en nuestra propia lengua, porque aun en ellas no está á nuestro arbitrio extender la significación de las palabras por sinécdoque ó metonimia, sino cuando el uso lo permite. Pero es de notar que el uso puede declararse de dos maneras en favor de una traslación de esta clase; la una, autorizándola formalmente y contraída á la voz misma que empleamos, como la que hemos visto en la palabra *velas*; y la otra, cuando en general tiene aprobadas otras semejantes, aunque tal vez ninguno haya hecho la aplicación á la palabra determinada que deseamos usar en sentido figurado. En este segundo caso, siempre que la acepción secundaria que damos á una palabra por sinécdoque ó metonimia, sea clara y acomodada al caso particular en que deseamos emplearla, puede tener cabida, aun cuando no esté individualmente consagrada por el uso, con tal que este tenga autorizadas otras análogas. Por ejemplo, como ya está admitido en castellano designar las dignidades por sus distintivos, es claro que, aun cuando nadie haya designado hasta ahora la de capitán general por la insignia de los tres bordados, podrá hacerse en circunstancias oportunas. Pero es necesario advertir que esta libertad de introducir nuevas sinécdoques ó metonimias, no se extiende á variar las ya usadas. Así, aunque podamos tomar la parte por el todo en casos en que todavía no se haya hecho, diciendo, verbi gracia, *quilla* por *navio*, en circunstancias en que esta parte tenga relación con el uso particular á que atendemos; no podemos sustituir el nombre *quilla* por el de *velas* en las

expresiones en que el uso ha consagrado este exclusivamente. Por tanto si alguna vez podemos decir, por ejemplo, *Los mares de América tienen bien conocidas las quillas españolas*, para dar á entender que nuestros navios frecuentan mucho aquellos mares; no podremos decir del mismo modo, *Tantas quillas han salido de Cadiz*. Esto no es por un ciego respeto que debamos tener al uso, sino porque este, que es mas racional y ménos caprichoso de lo que comunmente se cree, ha empleado en tales expresiones el nombre de aquella parte que mas directamente excita la idea de la cualidad á que entónces atendemos. Tales son las velas respecto del movimiento.

Reglas particulares de las metáforas.

Regla primera.

El objeto de donde se tomen, ha de ser de aquellos de que tienen noticia los oyentes ó lectores. A esta regla faltan los que en obras destinadas á la comun lectura ó en discursos populares, como los sermones, toman sus metáforas de objetos de ciencias, oficios y bellas artes. Semejantes objetos son necesariamente desconocidos á la mayor parte de los oyentes ó lectores, y de consiguiente, las expresiones en que se emplean tales metáforas, tienen el vicio de oscuras, como todas aquellas en que se introducen términos técnicos, aunque estos conserven su significacion literal.

Ya se habló de este punto, tratando de las comparaciones. Así ahora daré un solo ejemplo de metáforas defectuosas por esta parte, para que se vea cuán ridículas parecen en obras destinadas á la comun lectura. Lope (*Jerusalen*, lib. II) hablando de dos hermanas llamadas Blanca y Sol, que fueron hechas cautivas y llevadas á la presencia del Saladino, dice de la primera:

Blanca, hermana de Sol, como la luna,
Eclipse de sus rayos podecía;
Que, del persa dragon en la importuna
Cabeza opuesta, el resplandor perdía.
Triste y hermosa está sin luz alguna;
Que causa negra sombra al medio día,
Opuesto, por diámetro enojoso,
El cuerpo opaco al cuerpo luminoso.

¡Cuántos habrán leído y leerán la *Jerusalen*, que no entien-

dan que toda esta astronómica algarabía quiere decir, que la jóven se desmayó y perdió el color, al ver al Saladino! Pero era menester aprovechar el equivoquillo de *Sol*, y que Blanca, pues era hermana de Sol, fuese *luna*; y siendo luna, era forzoso que padeciese eclipse, y que el persa fuese el dragon en cuya cabeza se verificase aquel: y ya se ve, la luna debió quedar *sin luz alguna*, porque el cuerpo opaco opuesto por diámetro al cuerpo luminoso, causa negra sombra al medio día. Ello, tratándose de un eclipse de luna, mejor hubiera sido suponerle á media noche; pero el consonante necesitaba *ia*, y fué menester que la luna se eclipsase al medio día. *Risum teneatis?*

Regla segunda.

No basta que el objeto de donde se toman, sea conocido: es menester ademas, que sea capaz de engrandecer y realzar el otro á que le aplicamos. No hay cosa tan opuesta al buen gusto, como tomar las metáforas de un objeto mas bajo y envilecido que el otro que se trata de ilustrar; defecto en que tambien caen con frecuencia algunos poetas. Así Lope (*Jerusalen*, libro XVI.) dice, hablando del amanecer

Corrió la aurora la cortina á Febo,
Y salió de su puerta al teatro humano;
Y dándole la tierra aplauso entero,
Representóle un acto soberano.

No es posible degradar mas un objeto tan magnífico como la salida del sol, que presentando á este bajo la imágen de un farsante que sale á las tablas á hacer un papel de comedia, y á la aurora bajo la del metesillas que le descubre la cortina para que salga. En el lib. XVIII. dice tambien:

..... cuando el alba
Corre en la cuarta esfera las cortinas
De la cama del sol etc.

Aquí ya por fin la aurora no es metesillas de teatro, pero es un ayuda de cámara que entra á despertar á su amo el sol, y le corre las cortinas de la cama, para que vea la luz. Pero si aquel es el que la difunde ¿para qué necesita de camarero que le descorra las cortinas de la cama? Y si la aurora no es otra cosa que la luz misma del sol, que empezamos á ver mucho ántes de que este astro se descubra sobre el horizonte, ¿qué puede significar en el lenguaje de la razon que el alba corre las

cortinas de su cama? Aquí puede verse otra prueba de lo que se dijo tratando de la verdad de los pensamientos, á saber, que, como dice Boileau, *rien n'est plus beau que le vrai*, no hay belleza sin verdad.

En la *Circe*, canto II., tiene tambien esta otra metáfora tomada de objeto ignoble. Habla Polifemo con su manso, y entre otras cosas le dice :

¿Quién primero que vos, por las orillas
De estos arroyos, los dejó afeitados
De blancas y doradas manzanillas,
Con el hocico y dientes afilados?

La accion de pacer el ganado es por sí misma mas noble que la de afeitar; y así esta metáfora, en lugar de ennoblecer, degrada.

Regla tercera.

No solo en asuntos serios, elevados y majestuosos, pero aun en los jocosos, humildes y sencillos, las metáforas nunca se han de tomar de objetos que puedan excitar en el ánimo ideas asquerosas ó torpes; y aun tratando de envilecer un objeto, se debe cuidar de no ofender la delicadeza y el pudor de los lectores ú oyentes, como ya se enseñó por punto general respecto de todas las expresiones, tanto figuradas como no figuradas. Por eso Ciceron reprendia á un orador que habia llamado á su contrario, estiércol de la curia, *stercus curiæ*. *Quamvis sit simile*, dice, *tamen est deformis cogitatio similitudinis*. « Aunque entre ambos objetos haya alguna semejanza, es desagradable haber de pensar en ella. » Por la misma razon Horacio se burlaba de un poeta, que para dar á entender que nevaba, habia dicho: « Júpiter escupe nieve cana sobre los Alpes » *Jupiter caná nive conspuat Alpes*. Y sin embargo Lope, que seguramente habia leído á Horacio, no hizo caso de su juiciosa censura, pues en la *Circe*, canto I., hablando de las peñas que los Lestrigones tiraban á las naves de Ulises, dice :

No escupe celestial artillería
Mas balas de granizo, que la fiera
Gente peñas al mar.

En donde, ademas de que toda la metáfora es impropia y está mal sostenida, el término *escupe*, el cual presenta una idea asquerosa, es precisamente el mismo censurado por Horacio.

Regla cuarta.

No basta que los objetos de donde se toman sean conocidos, nobles y decorosos: es necesario sobre todo, que la semejanza que haya entre aquel de quien se toman, y aquel á quien se aplican, sea grande y fácil de descubrir. Por parte de la semejanza pueden las metáforas ser defectuosas de dos maneras : 1.ª si no hay realmente entre los dos objetos la semejanza que se supone, en cuyo caso la metáfora se llama *impropia*; y 2.ª si, aunque haya alguna, es débil ó muy vaga y genérica; en cuyo caso se dice que la metáfora es *oscura, violenta, dura, forzada ó estudiada*. Daré varios ejemplos de metáforas viciosas por alguno de estos dos capítulos, porque es punto muy esencial.

Metáforas impropias.

No una sino muchas, y de las mas disparatadas que pueden verse, nos ofrecen las dos primeras octavas del lib. V. de la *Jerusalen* de Lope. Quiere dar á entender, á lo que parece, que la natural elevacion del pensamiento humano produce la ambicion en los pechos generosos, y dice :

Sobre el confuso pensamiento humano,
Nemrod de la bajeza de la tierra,
Forma el deseo un *apacible llano*,
En los peñascos de una blanca sierra :
Aquí levanta un edificio en vano,
Que el paso á la quietud del alma cierra,
El propio amor, tan alto, que aun el viento
Mira inferior su basa y fundamento.

Son sus piedras congojas importunas,
Sus pavimentos penas y cuidados,
Y de imaginaciones sus columnas,
Los capiteles de dolor labrados,
Las paredes de engaños, y en algunas
Los Césares romanos retratados,
Y aquellos ambiciosos, cuya suerte
Llevó de las coronas á la muerte.

De este edificio vil.
Salió furiosa la ambicion lijera, etc.

Imposible parece que en tan pocas líneas se hayan insertado tantos disparates. Llamar al pensamiento *Nemrod de la bajeza de la tierra* y sitio sobre el cual forma el deseo un apa-

cible llano en los peñascos de una blanca sierra, y en cuyo llano levanta el amor propio un edificio tan alto, que el viento tiene debajo de él su basa y fundamento: llamar á las congojas piedras de este edificio, á las penas y cuidados sus pavimentos, á las imaginaciones columnas, y decir que los capiteles están labrados de dolor, y las paredes de engaños; no es como quiera emplear metáforas impropias, sino delirar como un frenético. ¿Qué semejanza hay ni puede haber, ó suponerse, entre las congojas y las piedras, entre los cuidados y los pavimentos de un edificio, entre las imaginaciones y las columnas, entre los dolores y la materia de un capitel, y entre los engaños y los cascotes, ladrillos ó guijarros de que se forman las paredes?

Metáforas oscuras, duras, violentas ó traídas de lejos.

Unas lo son, por fundarse en semejanzas demasiado remotas, tenues y sutiles, y otras, porque no hay mas semejanza que la del sonido entre palabras equívocas ú homónimas.

1.º Fundadas en sutilezas. Garcilaso, *Égloga* 1.

Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro,
Como á menor tesoro,
Adónde están? Adónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
Con presunción graciosa sostenia?

Ya se ve que la semejanza que puede haber entre una cabeza cuyos cabellos son rubios y un techo dorado es tan débil, que sin estudiada afectacion nadie la llamará jamas *dorado techo*.

Mas afectada es otra de Balbuena (*Égloga* vi.) aplicada tambien á una rubia cabellera:

Al oro que llovía su cabeza,
La luz con que el sol baña tierra y cielo,
Comparada, es tinieblas y pobreza.

Una cabeza lloviendo oro! Qué imágen tan exacta y pintoresca! ¿Cómo haria un pintor para representarla en un cuadro? Tendria que hacerla *nube*. Jáuregui, en su *Orfeo*, empleó la misma metáfora diciendo de Eurídice:

..... su cabeza
Vierte sobre sus hombros lluvias de oro.

Estos cabellos rubios han hecho decir tantos disparates á nuestros poetas, que seria nunca acabar citar todas sus extravagantes metáforas relativas á este objeto; y solo añadiré la siguiente de Góngora en uno de los sonetos:

Mientras que con gentil descortesia
Mueve el viento la hebra voladora
Que la Arabia en sus venas atesora.
Y el rico Tajo en sus arenas cria.

Lo cual quiere decir, *mientras el viento mueve tus rubios cabellos*, esto es, *mientras eres jóven*; pero esto lo sabemos, porque el contexto del soneto lo da á entender; que si no, difícil seria adivinar por la sola metáfora, que *hebra voladora atesorada en las venas de la Arabia y criada en las arenas del Tajo*, estaba en lugar de *rubia cabellera*. Pero al mismo tiempo; qué dos últimos versos tan llenos y sonoros!

2.º Fundadas en equívocos. Lope (*Jerusalén*, lib. xix.), contando cómo los conjurados contra Raquel entraron en su habitacion con las espadas desnudas para matarla, no dejó de aprovechar el equivoquillo de *hojas*, las de las espadas, y *hojas*, las de los libros, y dijo:

Pues como las desnudas hojas viese
Raquel hermosa, del suceso incierta,
Baño de nieve las mejillas rojas,
Y el libro de su fin legó en sus hojas.

En la *Circe* (lib. i.), porque uno de los signos del Zodiaco se llama el *Toro* (*tauro*), y esta voz significa tambien el animal conocido con este nombre, juega con este equívoco de la manera siguiente, diciendo por boca de Euriloco:

Diez veces nuestra argólica milicia
Sobre Troya miró flechando á Crote,
Y otras tantas al toro de Fenicia
Pacer estrellas al celeste soto.

No se puede delirar mas. ¡Trasformar el cielo en soto, las estrellas en yerba, y una constelacion en el animal que las paca!...

En la misma *Circe*, lib. ii., queriendo decir Ulises que forzaron de remo é hicieron caminar la nave con celeridad, expresa esta idea con la hipérbole metafórica de,

La nave hicimos con los remos pluma.

Y aprovechando el equívoco de *pluma*, tomada metafórica-